

GILDARDO MAGAÑA, REVOLUCIONARIO ZAPATISTA

INTENTÓ SALVAR A CEDILLO
El caudillo potosino fue quien rompió la alianza

LA OBRA DE MAGAÑA, EL GOBERNANTE
Para no enfrentarse a Cárdenas en 1938, optó por dejar la política

CAPÍTULO IV Y ÚLTIMO

Al llegar al último capítulo de la vida de don Gildardo Magaña, hay que hacer un alto para recurrir a recuerdos y afirmaciones personales. ¡Es tan importante y tan ignorado este capítulo, que es menester hablar con toda la verdad!

Una vez pregunté al señor Ortiz Rubio si había sido el general Calles quien lo había derrocado. Sin vacilación alguna, el ex presidente de la República contestó categóricamente que no. Pregunté entonces que si el autor del derrocamiento había sido el general Cedillo. Don Pascual dio una respuesta evasiva.

El convencionismo

Ya lo sabía yo: si hubiese necesidad de mencionar un solo nombre como el del autor de la caída del ingeniero Ortiz Rubio, ese tendrá que ser el del general Saturnino Cedillo. Y si hubiese también necesidad de mencionar un solo nombre como el autor de la caída del maximato del general Plutarco Elías Calles, habría que repetir el del general Cedillo.

Pero si fuese indispensable saber quién era el inspirador de Cedillo, quién era el que infatigablemente trabajaba, primero por la caída de Ortiz Rubio y después por la de Calles, habría que señalar al general Magaña.

Cedillo era el hombre de la fuerza armada; tenía varios miles de hombres bajo sus órdenes; pero carecía de la decisión, el entusiasmo y el sacrificio que se requiere en las grandes causas. La decisión, el entusiasmo, el sacrificio estaban en don Gildardo.

2

Después de las provocaciones del grupo callista, hechas por medio de don Tomás Garrido Canabal –provocaciones en las que ni Calles ni Garrido tuvieron escrúpulos para asesinar en Coyoacán a varias personas–, el general Calles parecía dispuesto a jugarse el todo por el todo.

El presidente de la República sabía que en el estado de San Luis Cedillo preparaba a sus hombres armados para la guerra; no contra los Poderes de la Nación, sino contra el maximato. Pero en el Palacio Nacional había titubeos; se temía la actitud que pudiesen tener los jefes militares. Había algunos comprometidos en la conjura, pero, ¿cuáles eran las fuerzas del general Calles?

Se dio un plazo para que hiciera salir del país a Calles; se dio un segundo y un tercero. La guerra parecía inminente. El general Cárdenas parecía esperar un motivo que justificase el proceder de su alta autoridad. Calles, ingenuamente, como todos los que se encuentran en la decadencia, dio motivo.

3

El país aplaudió al presidente Cárdenas; igualmente aplaudió a Cedillo. Ignoró quien, más que Cárdenas y Cedillo, había hecho para salvar a los mexicanos de la tutela del general Calles: a don Gildardo Magaña.

Éste, modesto siempre, ajeno a los aplausos; amando más su programa agrario que las vanidades del triunfo y del poder; fue primero comandante militar de Michoacán, después como gobernador del Distrito Norte de Baja California.

Lo veo todavía la tarde que me fue a visitar, horas antes de haber sido nombrado gobernador, sonriente y satisfecho. La alegría era en él por la obra que iba a realizar; volcaría a la población mexicana que residía en la Alta California, sobre el Distrito Norte; fundaría colonias y pueblos, ciudades, de ser posible –¿y por qué no?–. Había en él una preocupación más: la cultura. Los proyectos salieron de sus labios –de sus labios que eran más parcos en el proyecticismo–: ¡Si pudiesen establecer una universidad y una gran biblioteca en el norte!

¡En qué pocos hombres de México se escuchan estos anhelos de cultura, cuando los más si no piensan en conquistas políticas, pretenden específicas conquistas económicas que tanto alejan al pueblo del Alto Saber!

Al saberse en el Distrito Norte la noticia del nombramiento de don Gildardo como gobernador, fue lanzado un grito de horror. ¡Cómo, un zapatista de gobernante! Pocos días fueron suficientes para que cambiase la opinión de los asustadizos. Una mano blanca, impulsada por un gran corazón, se extendía a los bajacalifornianos. Y si de algún gobernante se puede decir que ha sido amado, ese gobernante fue don Gildardo.

Unos cuantos meses de gobierno fueron suficientes para que don Gildardo dejara huellas imborrables en la Baja California. Los compromisos, la política, le hicieron dejar la casa de gobierno de Mexicali, para trasladarse a la de Morelia. No logró desarrollar todos sus proyectos. Su nombre quedará siempre tan alto como los Picachos.

Y después de ganar la voluntad y el cariño de los bajacalifornianos; va y gana la voluntad y el cariño de su estado natal: de Michoacán. Era Michoacán el estado más difícil de gobernar. Allí todos se creían con influencia y con poder: quienes no eran parientes, eran amigos, eran cortesanos de la presidencia de la República. Todos querían tener mando, y si Magaña los sometió no fue con la violencia, fue con el ejemplo en el trabajo, en el orden y en la dignidad.

“Tata Gildardo,” le decían los indígenas; y “Tata Gildardo” creaba para ellos un orden social y un orden moral. Fue el *pater*, que había sido para los surianos.

El convencionismo

4

Nunca esperó nada de los políticos; jamás creyó en la política. En cambio creía en la amistad; confiaba en los amigos.

Cuando algún político afirmó públicamente que don Gildardo debía su carrera política a partir de 1935 al general Cárdenas, él sonrió indiferentemente; no hizo el menor comentario; vivía sobre los comentarios.

Sólo los amigos sabíamos la verdad; nos obligó a callar, y callamos. Pero el silencio se rompe con la muerte. Él bajó a la tumba llevándose el compromiso de la amistad; nosotros quedamos sobre la tierra teniendo el compromiso con la verdad.

Apenas en el gobierno en el Distrito del Norte, los amigos del general Cárdenas hicieron de don Gildardo un futuro candidato a la presidencia de la República. Las próximas elecciones estaban muy ajenas y un partidismo prematuro era perjudicial al país, al Estado. Los políticos insistían. ¿Para qué mencionar nombres?

Tres hombres estaban estrechamente unidos: Cárdenas, Cedillo y Magaña. ¿Los unía la amistad? ¿Creían y confiaban en la amistad? Y ¿qué es la amistad en política? Nada es para quien es resultado de un medio; todo es para quien es consecuencia de sí mismo.

5

De los tres, el primero en romper la alianza fue Cedillo. Éste acusó al general Cárdenas de falta de sentido de la amistad; de haberse entregado al general Francisco J. Múgica. En ese disgusto de amigos (¿lo serían los tres?, es necesario preguntar de nuevo), don Gildardo fue puente, por varios meses, para evitar un rompimiento formal, definitivo.

¡Qué de esfuerzos hizo entonces don Gildardo para reanimar la amistad o, por lo menos, la alianza! Pero Cedillo desconfiaba de Cárdenas. Éste –decía aquél– se había echado en brazos de gente que podían acarrear grandes perjuicios al país.

Dos veces, antes de la rebelión que lo condujo a la muerte, Cedillo estuvo a punto de comenzar la guerra. Don Gildardo hizo todo género de esfuerzos para evitarla. Acudió a Cárdenas y acudió a Cedillo como amigo de ambos.

José C. Valadés

Arrancó a Cedillo la promesa de aceptar la comandancia militar en el estado de Michoacán; pero cuando Cedillo iba a dar la aceptación pública, ¿quién, temeroso de lo que sería el afianzamiento de la alianza –alianza, para no insistir en la amistad– entre Cárdenas, Magaña y Cedillo, quién, repito, fue el autor de una tentativa de celada para este último, que fue causa de una rebelión?

6

El general Cedillo rompió la amistad con don Gildardo para hacer compromisos políticos. Todavía no es la hora de hablar de esos compromisos; ni de decir qué fue lo que perdió a Cedillo.

Magaña perdió a un amigo, por no perder otro amigo. Cualquiera dirá que había optado por el más fuerte. Pero ¡qué lejos de la historia que no se escribe –que se escribirá– está quien pudiese hacer esta afirmación!

Una heroica prueba de desinterés fue la que dio Magaña. De aquel lado, del lado de la rebelión, le ofrecían la presidencia; de este lado, solamente quedaba la lucha; quizás la amistad, de seguir confiando en ella. Y siguió creyendo en ella, y por ella, aparte de sus propios merecimientos, figuró como candidato al Ejecutivo de la nación.

Fue para don Gildardo una sorpresa cómo crecía su candidatura. Era el lógico candidato de los campesinos. Pero ser candidato en un país viciado políticamente; en un país cuyos directores; con ignorancia supina, todavía repiten que si hubiese libertad electoral, el arzobispo de México sería el presidente, es un tarea que está más allá de las convicciones y de las fuerzas de un hombre, que cree más en la amistad que en la alianza; en los programas más que en los compromisos.

7

A principios de 1938, todavía la corriente política era favorable a don Gildardo; pero pretendía arrastrarlo a su seno, olvidando que a quien se dirigían era un hombre formado en la batalla, con su propio carácter, con sus ideas arraigadas, dispuesto a servir a su país, pero no a los intereses de grupo.

El convencionismo

Todos los intentos para hacer de don Gildardo un hombre manejable y manejado se frustraron. Si Magaña experimentó alguna vez la ilusión del triunfo, lo hizo confiando en fuerzas populares. Sentía horror de que su nombre pudiese ser mencionado como candidato de oposición.

Con la simpatía de quienes estaban en el poder, sí, porque no podía luchar contra el poder del que formaba parte, y como el que estaba de acuerdo en cuanto a la continuación de la obra que desarrolla y de que la obra y de que él era colaborador; pero sin la simpatía popular, no, porque deseaba deber su triunfo no a un grupo, sino al país.

Era la primera vez en largos años de batallas electorales mexicanas, que un hombre se presentaba teniendo una clara visión en lo porvenir de los intereses de la gran colectividad. ¿Ilusión? ¿Romanticismo? No: firmeza de convicción, escuela de hombría, desinterés supremo.

8

Entero, sin arrepentimiento, asistió don Gildardo al desfile de quienes de quienes no estaban ni podían estar a la altura de él; al desfile de la clásica maroma. Se quedó con su pueblo; con el pueblo que tanto amaba, al que había dado los mejores días de su vida; al que fue dejando pedazo a pedazo su corazón. Y cuando comprendió que los acontecimientos lo podían conducir contra el poder del que formaba parte, que había contribuido a desarrollar y a afianzar, realizó el acto supremo de su carrera: la de abstenerse de figurar como candidato a la presidencia.

No hizo esfuerzo para tomar la resolución; tampoco lo hizo para callar. Pudo haber dicho muchas y muchas cosas; pero no quiso figurar en la lista del despecho. Pero ¡cuánto le costó el silencio! ¡Le costó la vida!

El mismo día que sufrió el ataque que le hizo caer en la cama para no levantarse más, como observase en su semblante algo extraño, le pregunté si se sentía mal.

—No —me dijo vivamente—. *No; físicamente no me siento mal; pero tengo una pena aquí, aquí adentro...*

Con el índice me señaló su corazón, y agregó:

—*Ustedes, mis amigos, si quisieran pueden hablar. Yo tengo que callar; y siento que sufro en mí mismo.*

José C. Valadés

¿Cuál era su sufrimiento? ¡Quién sabe! ¡Algún día se sabrá! ¡Hoy todavía están frescas las flores que cubren su sepulcro! Basta con decir: la pena moral dobló a aquel hombre de cuarenta y ochos años; leal, ponderado, inteligente; amigo de los amigos, hombre entre hombres. Nadie le superó en el ser digno, bondadoso e idealista.

México no supo lo que tenía; no sabe lo que perdió.

Segunda sección de *La Prensa*, San Antonio, Texas, domingo 25 de febrero de 1940, año xxviii, núm. 13, pp. 1, 7, segunda sección de *La Opinión*, Los Ángeles, California, domingo 25 de febrero de 1940, año xiv, núm. 163, p. 1.